

Javier Marías

La zona fantasma, 2013
Artículos

Recopilación de los artículos publicados en el suplemento dominical de «El País» durante 2013. El contenido se ha obtenido a través de javiermariasblog.wordpress.com

1. El señor Benet regresa un rato

Uno de los efectos de la muerte de alguien querido, con el que no se cuenta cuando muere, es que a medida que pasa el tiempo (a medida que se lo sobrevive), se comparte con él cada vez menos. Apenas tiene que ver el mundo actual con el de hace treinta y cinco años, el del 24 de diciembre de 1977, en cuya madrugada se despidió mi madre. Se han cumplido siete, el 15 del mismo mes, del adiós de mi padre, y nada es demasiado distinto de lo que él llegó a ver, pese a la rapidez y la enfermiza impaciencia de nuestra época. Uno tiene la sensación de que, si él volviera, aún podría incorporarse sin muchos problemas. No así mi madre, a la que habría que explicar un largo periodo de cambios. Ella seguramente diría: «Este lugar no es el mío, aquí no pinto nada», y regresaría con cierta conformidad a su hueco en el pasado.

«Si volvieran», he dicho, como si eso fuera posible. A veces lo es, en los sueños. En ellos se ve de nuevo a las personas hace tiempo borradas de la faz de la tierra. Sus imágenes se aparecen vívidas, con una presencia tan real como la que tuvieron en su vida; se habla con ellas, se las oye reír, se discute. Así que «vuelven», en efecto, a nuestra conciencia aletargada, y en ese extraño territorio se escuchan sus voces y se ven sus rostros con tanta nitidez como cuando compartíamos el presente con ellas. Tengo amigas que perdieron a sus progenitores varones hace mucho o bastante, por los que sentían debilidad o que fueron lo único que tuvieron. Cuando sueñan con ellos no olvidan enteramente que algo malo les pasó y que murieron; porque al

aparecerseles en esos sueños, con toda su corporeidad y vitalidad recuperadas, les dicen: «Ay, qué bien, que estás aquí y estás sano». Las engaña la conciencia dormida, pero mientras ésta domina es la realidad la que se percibe con alucinación o pesadilla, con falsedad y error del entendimiento. Suelen despertarse con lágrimas en los ojos, sin duda con la misma sensación del ciego poeta Milton cuando soñó con su mujer difunta y escribió ese verso que he citado a menudo: «*And day brought back my night*». «Y el día hizo regresar mi noche».

Aunque sólo sea por eso, por esas incursiones oníricas en la esfera de los muertos —o son ellos los que se adentran brevemente en la nuestra—, es imposible no fantasear con la posibilidad de un encuentro. Ayer se cumplieron veinte años de la muerte de Juan Benet. Mucho lo admiré como escritor, pero lo echo de menos sobre todo como amigo y guía. Me llevaba veinticuatro y se detuvo a los sesenta y cinco, luego todavía sigue siendo mayor, en mi recuerdo, de lo que lo soy yo ahora, aunque ya no estoy lejos de su edad de entonces, la definitiva o congelada. El mundo al que él asistió no es tan remoto como el que abandonó mi madre, pero veinte años son ya demasiados para suponer que, si Benet volviera, sería capaz de subirse al presente sin esfuerzo ni desagrado; sin que hubiera que explicarle demasiadas cosas para ponerlo al tanto de nuestras circunstancias. El 5 de enero de 1993 no había Internet ni móviles ni DVDs ni libro electrónico. Aún gobernaba aquí Felipe González, y en los Estados Unidos acababa de ser elegido por primera vez Bill Clinton; faltaban ocho años para los atentados de las Torres Gemelas. Basten estos tres ejemplos para hacerse una idea del tiempo transcurrido. «Caramba», diría tal vez Benet en ese hipotético encuentro, o ya soñado. «Sí que me he perdido cosas. O me las han ahorrado». Pero lo más probable es que se interesara por lo personal, que es lo que en verdad tiene importancia: ¿Qué es de este, qué es del otro?” No siempre habría sabido res-

ponderle, a algunas de nuestras amistades comunes les he perdido la pista. Me alejé o se alejaron. «¿Y tú? ¿Qué has hecho? ¿Has seguido escribiendo?». «Sí unos cuantos libros más». «¿Y qué tal?». «No me quejo», le habría contestado, «pero lamento no saber qué te habrían parecido. No vive nadie cuya opinión respete tanto». «¿Y los mío?», acabaría por preguntarme antes o después, supongo, no hay autor al que no le intrigue algo la duración de lo que ha escrito. «Para lo rápido que olvida esta época, no puedes quejarte. No se te lee mucho, pero eso fue así siempre. Tampoco a Faulkner tu maestro, no te creas. Pero se reeditan tus textos, y se te recuerda más que a la mayoría de tus coetáneos. En parte por lo mucho que te detestaron algunos, eso ayuda. No es la manera más grata de perdurar, pero en España ayuda. Y somos bastantes los que estamos en activo y hablamos de ti cuando hay ocasión: el Profesor Rico, que te añora lo indecible; Félix y Vicente y Eduardo y el Pere, y Daniella y Sarrión y Cruz y Manolo; y Marisol y Mercedes y Peche, que yo sepa, en privado. Te tenemos bien presente. Te admiran unos pocos novelistas jóvenes. Y hasta se han publicado inéditos que tú querías mantener a resguardo y parte de tu correspondencia». Me imagino su desconcierto ante esta última noticia: «¿Tan antiguo me he hecho como para que eso interese a nadie? No sé si sentirme halagado o deplorado. Debo de ser pasto de estudiosos y profesores, qué lata». «Murieron el tito Jaime, Pradera, Natacha y Chamorro», le informaría. «Lo sé, por aquí andan, en el pasado. A los que seguís ahí no os deseo mal alguno, pero tampoco os hagáis centenarios. A ver si compensáis a estos cuatro, que sólo me dan la pimporrada». Esa palabra se la he oído sólo a él y a quienes estuvimos cerca. Es Benet, sin duda, que ha vuelto un rato tras veinte años.

Javier Marías. 6 de enero de 2013.

2. Mi anciano ídolo

Entre los reproches más frecuentes de nuestro tiempo y que encuentro más incomprensibles están el de ser «eurocéntrico» y el de adoptar un punto de vista masculino. Hace ya muchos años leí un fragmento de una novela mía en Múnich, que empezaba diciendo algo así como: «Cuando uno vive solo, y además en el extranjero...», y luego seguían unas consideraciones que, en efecto, valían lo mismo para un hombre que para una mujer. En el coloquio posterior una señora me echó en cara que el texto dijera «uno», dando por sentado que eso equivalía a «un hombre», en vez de «una persona», lo cual habría incluido también a las mujeres. Le respondí que el narrador era un varón —como el autor, aunque esto era secundario— y que habría resultado inverosímil que no pensara en sí mismo y en su experiencia al decir lo que decía, o que en una novela —no en un escrito burocrático o periodístico— se hubiera afanado por utilizar un léxico «neutro» e «incluyente». La gente habla y piensa desde su subjetividad normalmente y por ello es lógico que un europeo sea «eurocéntrico», no va a esforzarse a mirar la realidad con ojos chinos o panameños. Eso ya lo hacen el chino y el panameño, como debe ser, y probablemente nadie los regañe por eso.

Pero lo que se exige hoy a todo el mundo es que renuncie a *su* perspectiva, o que la deforme o la adapte. Que nunca condene lo que le parece bárbaro si pertenece a una religión, etnia o esfera distintas de las suyas. Que no se burle de lo que le resulte chocante; es más, que ni siquiera manifieste extrañeza ante lo que le es ajeno y absurdo.

Que respete cuanto hay y se da en el mundo, así lo encuentre disparatado, estrafalario o de una comicidad irresistible. O incluso atroz, en ocasiones. Tanto se nos ha forzado a todos a poner cara de póker ante cualquier costumbre que nuestra subjetividad juzgue extravagante, tanto se nos presiona para que prescindamos de ésta, que cuando alguien no hace caso de esas imposiciones soltamos la carcajada que llevamos años reprimiendo. Los dignatarios que viajan deben de pasarse media vida aguantándose la risa, sofocando el rubor y aplacando la irritación que han de causarles las numerosas ceremonias ridículas a que los someten sus anfitriones, no se sabe si para honrarlos o más bien para vejarlos. Cada vez que veo que salen unos a bailar algo a reyes o a políticos o al Papa, por ejemplo, observo sus expresiones serias o atentas y me imagino que están pensando: «¿Cuándo va a terminar esta tabarra?», o «Esperemos que no me den un puntapié en la cara, estos danzantes disfrazados de jenízaros (o de lo que toque)». Al parecer tampoco pueden negarse a que les encasqueten gorros y sombreros raros, allí donde vayan, con el innegable propósito de que hagan el memo y salgan en las fotografías feos de cojones, como se dice muy vulgarmente. Mi retina se resiente cada vez que se le reaparece la imagen de Felipe González con un gorro peruano calado (de esos que tapan las orejas), alcanzado sin duda por su peor enemigo. Yo hace años que me juré no aceptar doctorados honoris causa, sobre todo en España, al ver que se humilla a los homenajeados colocándoles un espantoso birrete con cortinilla que hasta a Brad Pitt o a Beckham convertiría en adefesios.

Por todo esto es mi ídolo el marido de la Reina de Inglaterra, Felipe de Edimburgo, que a sus noventa y un años lleva sesenta y cinco preservando su subjetividad heroicamente, gastando bromas amables y soltando lo que se le antoja. Hacía tiempo que no me reía yo solo leyendo la prensa hasta que la corresponsal Brenda Otero nos hizo un

resumen de sus salidas en este diario. A la actriz Cate Blanchett, al informarle ésta que se dedicaba al cine, le consultó cómo arreglar su DVD; a un jefe aborigen de Australia le preguntó si todavía seguían lanzando flechas, y comparó el atuendo tradicional del Presidente de Nigeria con un camisón. A un hombre que había perdido una pierna lo instó a pasar ginebra de contrabando dentro del pie artificial; a unos estudiantes británicos en China les advirtió que si permanecían demasiado tiempo en ese país se les acabarían rasgando los ojos, y en una gala benéfica se tapó los oídos, atronado, durante la actuación de Alicia Keys. A una nonagenaria en silla de ruedas que se protegía del frío con un material parecido al aluminio no pudo evitar soltarle «¿La van a meter a usted en el horno?»; y al oírle decir a un parlamentario que representaba a la ciudad de Stoke-on-Trent, sólo se le ocurrió responderle. «Qué lugar más espantoso». La Reina, aunque mucho más comedida, por fuerza ha de compartir su sentido del humor impertinente, y alguna vez lo saca a relucir: en la visita del Papa a Londres, al ver el «papamóvil», se preocupó por Su santidad y los suyos: «Ese es un coche muy pequeño», le dijo: «¿está seguro de que caben todos?».

Cuando vemos a alguien así en privado o en la ficción (el personaje de Maggie Smith en la popular serie *Downton Abbey*, por ejemplo), nos reímos y lo celebramos y lo agradecemos. Ya va siendo hora de recuperar un poco la subjetividad, de no ser tan ecuanimes con todo, de no poner cara de interés y respeto ante lo que a *nosotros* nos resulte excéntrico, chocante o risible. Me imagino la respuesta de mi anciano ídolo cuando lo riñeran por su comentario sobre el Presidente nigeriano: «Bueno, a *mí* me recordó a un camisón, qué quieren».

Javier Marías. 13 de enero de 2013.

3. Más idiotas de lo que parecen

Nuestros políticos y prohombres son más idiotas de lo que se ve a diario y a primera vista, que ya es una permanente exhibición de idiocia, acompañada de sinvergonzonería las más de las veces. No les costaría nada ser un poco más astutos y guardar las apariencias, no sólo resultaría beneficioso para ellos sino para el conjunto de la población. A fin de año Rajoy pidió paciencia y comprensión. ¿Todavía más? Infinitas las ya tenidas con un Presidente que ha incumplido todas sus promesas electorales y ha impuesto una reforma laboral de la que dice sentirse satisfecho pero que ha añadido medio millón de parados desde que él ocupa su asiento; que ha bajado los sueldos de los funcionarios rasos y ha encarecido la educación, ha agravado el desplome del consumo y del comercio, ha convertido a los frágiles en menesterosos (pensionistas, discapacitados, enfermos crónicos) y ha impulsado a emigrar a millares de jóvenes con estudios superiores; que permite el aumento de los precios de todo mientras empuja los salarios hacia el subsuelo; que rescata bancos y cajas desastrosos o fraudulentos con el dinero de los contribuyentes y a éstos los acogota en agradecimiento; que se dedica a privatizar lo erigido entre todos y se niega a gravar más las SICAV para así no mermar un ápice las fortunas de los acaudalados; que amnistía a los grandes defraudadores y persigue a casi todos los demás; que miente sin cesar.

En medio de tanto abuso, lo astuto por parte de los políticos y prohombres sería hacer algún gesto, aunque a efectos reales sirviera de poco y ahorrara menos; renunciar

a prebendas, anunciar que también ellos van a sacrificarse. Ha habido cierta polémica por las palabras del nuevo Presidente del Tribunal Supremo y del Consejo General del Poder Judicial, Moliner. Este señor se lamentó en televisión de que, siendo él por su cargo la cuarta autoridad del Estado, se lo obligara a viajar en clase turista. Aseguró que personalmente no le importaba, pero que causaba mal efecto que se viera en dicha clase a tan altísimo dignatario. La pregunta es: ¿que lo viera quién? ¿Las personas que lo fueran a recibir a la estación? Porque en los aeropuertos nadie sabe qué asiento ocupaban los pasajeros cuando éstos por fin acceden al vestíbulo en que se los espera. ¿O quizá los compañeros de viaje y las azafatas, que al verlo murmurarían: «Pobre diablo, el Presidente del CGPJ, que va en turista como un ganapán, qué cutrez de país»? Moliner debe de pensar que todo el mundo lo reconoce y sabe no sólo quién es, sino qué funciones ejerce. Lamento decepcionarlo: puede que un día sea así, si sigue saliendo en televisión, pero hoy casi nadie se volverá por la calle al cruzarse con él. Yo mismo, que no me considero muy desinformado, no tengo la menor idea de cuáles son sus facciones.

Algo parecido deben de pensar todos y cada uno de los parlamentarios: que son archifamosos y que todo dios los reconoce y los mira. De otro modo no se entiende que, en esta época de privaciones y recortes brutales, el Congreso haya decidido que todos los diputados participantes en delegaciones internacionales vuelen *siempre* en clase preferente, y en clase club o similar cuando se desplacen por ferrocarril. ¿En verdad creen estos parlamentarios grises, oscuros, obedientes a las consignas de sus respectivos partidos, uniformes, invisibles, gregarios, que —salvo alguna rara excepción— alguien va a saber quiénes son al coincidir con ellos en un avión o en un tren? Además de idiotas han de ser megalómanos y carecer de sentido de la realidad. Uno de esos portavoces del PP con aspecto de carterista o de *maquereau* (empleo la palabra francesa porque la espa-

ñola «chulo» es demasiado amplia) se avino a explicar el porqué de esta resolución: «No, es que me han dicho, no sé yo, ¿eh?», dijo, «que en realidad sale más barato que viajen en *business*, porque así ocupan plazas que quizá quedarían libres si no, y no otras que sí cogería la gente». Bueno, ya lo he dicho: un carterista, un timador.

Pero no es sólo esto: mientras los enfermos crónicos han de pagarse sus ambulancias y los jubilados ven menguar su poder adquisitivo, las «fundaciones» de los partidos acaban de recibir subvenciones por valor de dos millones y medio de euros, para sus «estudios», «seminarios», «informes» y demás zarandajas vitales. La FAES de Aznar se ha embolsado así como medio millón, y la Pablo Iglesias del PSOE se habrá conformado con poco menos. Pero también han percibido fondos públicos las de las purísimas IU e ICV, lo mismo que las vinculadas a esos partidos que hoy no quieren saber nada de España, CiU y Esquerra, los cuales, como ha señalado Jiménez Villarejo, el antiguo Fiscal Anticorrupción, no han tenido inconveniente en estrechar la mano de su denostado Wert cuando ésta venía con billetes de subvención. (Añádase que a los partidos, el pasado año, se les entregó unos setenta millones para «gastos de funcionamiento y de seguridad»). ¿Son señores como estos los que piden paciencia y comprensión, mientras no son capaces de tener el gesto —demagógico si se quiere, pero astuto al fin— de ir en turista cuando el viaje se lo pagan los ciudadanos, o de renunciar al dinero que reciben sus estúpidas fundaciones inútiles? Ningún «estudio» ni «seminario» salidos de éstas será más vital que el sueldo que los funcionarios rasos dejarán de percibir por su causa. Sí, por fuerza han de ser idiotas, si ni siquiera saben fingir que predican con el ejemplo.

Javier Marías. 20 de enero de 2013.

4. Contra el contagio universal

Es sabido que en una situación de miedo, susto, angustia, tristeza, odio, abatimiento o cualquier otra cosa desagradable que se les pueda ocurrir, caben dos actitudes principales, *grosso modo*. Una es someterse al contagio, muy difícil de resistir y que a lo largo de la historia ha llevado a naciones a la locura, el pánico o la agresividad colectivas y por tanto a las mayores atrocidades. No son pocas las guerras y persecuciones, los exterminios que han empezado así, por contagio. A veces la infección se origina en unos cuantos individuos nada más, que inexplicablemente, sin embargo, suelen tener influencia y poder. De éstos se valen para extenderla a una inmensa parte de la población, que no sólo no se opone al esparcimiento de la enfermedad, sino que la abraza con entusiasmo, tentada por el precipicio y por la cómoda simplificación. La otra actitud consiste en sobreponerse al miedo, el susto, la angustia y demás, precisamente por ver al vecino poseído y atenazado por ellos. Sirva un ejemplo inocuo: los que lo pasamos mal en los aviones tememos y deseamos a la vez que en el asiento contiguo nos toque un pasajero aún más aterrorizado, incapaz de disimular su aprensión. Uno de esos hombres o mujeres que se santiguan antes del despegue, más por superstición que por devoción; que clavan las garras en los brazos de la butaca y desde el primer instante nos transmiten su tensión; que pasan nerviosamente las páginas de un diario, un libro o una pantalla sin lograr leer una línea; que se sobresaltan al menor ruido nuevo y escrutan las expresiones de las azafatas en busca de indicios de anomalía o de normalidad.

Puede que su palpable pánico nos contagie y aumente nuestra natural inquietud, y que acabemos el vuelo con la ropa tan arrugada y tan despeluchados como nuestro vecino o vecina: las medias con carreras, la corbata torcida y desanudada, la falda en el ombligo, el pelo como si hubiéramos viajado en un descapotable a toda velocidad. Pero también cabe que, al ver a alguien más despavorido que nosotros, nuestro temor amaine por contraste; que su comportamiento nos parezca tan desmesurado que reaccionemos distanciándonos de él, haciendo acopio de serenidad y sobriedad. Ante un semejante más triste que nosotros, podemos dejarnos arrastrar por su pena y sumarnos a ella multiplicándola, o bien sentirnos impelidos a mitigársela y tratar de alegrarlo. Lo mismo con los demás sentimientos o sensaciones que he enumerado al principio.

Nunca he sido muy optimista, creo, pero en los últimos tiempos me sorprendo al verme animando a la mayoría de las personas con las que hablo. El panorama es tan oscuro que el contagio general resulta casi inevitable. La queja y la preocupación continuadas, el pesimismo insistente, la subida abusiva de los precios de todo junto a la bajada de los salarios, la huida de los jóvenes, el paro que aumenta a insoportable ritmo desde que nos gobierna Rajoy, los despropósitos de sus ministros lunáticos, las insidiosas amenazas de Mas (cuya política es tan idéntica a la del PP que no se entiende por qué quiere separarse ahora; será que se siente incómodo como los gemelos univitelinos), todo ello es sumamente contagioso, se hace arduo sustraerse a sus efluvios nocivos y no seré yo quien culpe a nadie de hundirse en la desolación. Pero es tanta la que nos rodea que, aunque sólo sea por cansancio y por preservar un poco el espíritu, de pronto uno se encuentra, quizá en contra de su proclividad, alentando a familiares, amigos, conocidos; al peluquero, a la farmacéutica, al librero, a la pastelera, al jubilado, al colega y a todo dios. Los ve tan mohínos o angustiados que, sin mucha base ni argumentos, se descubre

diciéndoles una y otra vez aquello de Cervantes: «Paciencia y barajar», que ya vendrán cartas mejores. O bien: «Ningún Gobierno es eterno, y el actual tiene ya el tiempo contado, tan mal lo está haciendo y tanto se está enajenando a los ciudadanos a fuerza de ir contra ellos y nunca a su favor. Aunque el PSOE esté para el arrastre, serán los votantes quienes lo obligarán a ponerse en pie; y si no, a otro partido, tanto dará. La gente querrá deshacerse a toda costa de estos caballos de Atila. Si ya está hasta el gorro al cabo de un año, imagínese dentro de tres más de destrozos y humillación».

Cada vez que oigo a alguien decir que, pese a todo, le va bien en lo que sea, lejos de mirarlo con desconfianza o inquina, como hacen muchos, me dan ganas de estamparle un par de besos de gratitud. (Siempre que no sea banquero, claro). Qué alivio escuchar eso en medio de la jeremiada nacional. El contagio es tan abrumador que casi se juzga mal —como a un irresponsable o a un desaprensivo— a quien se atreve a confesar que aún se salva de la quema; que no puede evitar no desesperarse; que, a pesar de las perspectivas, piensa que en peores circunstancias nos hemos visto (lo sabemos los que vivimos bajo el franquismo) y que de ellas nos sacaron o conseguimos salir. Para mi estupefacción, me estoy convirtiendo en uno de esos irresponsables o desaprensivos. Hablo de mi vida privada, no de las columnas que escribo aquí, que cada semana salen como salen, y a veces ni siquiera me explico que salgan. Me disculpo ante los agoreros o descorazonados, a los que no faltan motivos para serlo o estarlo. Pero mi agradecimiento, mi admiración y mi afecto se dirigen ahora hacia los valientes simpáticos que no se dejan contagiar.

Javier Marías. 27 de enero de 2013.

5. Piel de rinoceronte o desdén

Semana arriba o abajo, este febrero se cumplen diez años desde que inicié aquí mis colaboraciones dominicales. Llevaba ocho más haciendo algo muy parecido en otro suplemento, así que desde mi punto de vista son dieciocho de buscar tema, convencerme de que tenía algo que decir al respecto (algo levemente original o que no hubieran dicho ya otros, seguramente con más acierto), escribir mi pieza y sometérsela a los lectores en la mañana del domingo. Para ustedes es un decenio de frecuentarme, en todo caso; y, como siempre que se alcanza una cifra redonda, a uno lo asaltan las dudas. ¿No es suficiente tiempo? ¿No debería callarme, al menos una temporada? ¿Acaso es posible no repetirse, a lo largo de casi quinientas columnas? ¿No sería natural que la gente sintiera hartazgo? Ante esta pregunta siempre cabe consolarse pensando que nadie está obligado a leer la última página de *El País Semanal*, como a nadie se fuerza a completar el crucigrama que —si no me equivoco— aparece en el periódico a diario. Pero, aún más decisivo: ¿no sería natural, y aun saludable, que yo sintiera ese hartazgo? Si no recuerdo mal, mi ya lejano predecesor en este espacio, Antonio Muñoz Molina, lo ocupó tan sólo dos años. ¿No es excesivo, para ustedes y para mí, que lleve aquí remoloneando cinco veces más tiempo?

Todas estas cuestiones bien pueden deberse a lo rotundo del aniversario, nada más. Algo semejante a lo que nos ocurre cuando cambiamos de década en la cuenta de nuestra edad. Solemos pararnos unos días a pensar que ya tenemos treinta, cuarenta, cincuenta... Echamos un vistazo